

La formación de la clase obrera bajo el franquismo. Nuevos debates

Xavier Domènech Sampere

Universitat Autònoma de Barcelona

A pesar de que a veces pueda parecer que el obrero ya no tenga quien le escriba y de que, a su vez, la historia social haya de dar paso rápidamente a la postsocial que, de momento, se ha mantenido en nuestro país en el terreno de la mera enunciación narrativa, lo cierto es que la historia social del movimiento obrero bajo el franquismo goza de una cierta vitalidad. Su maduración es reciente, pero solidificada ya. Ciertamente, en una visión que a veces parece hacernos salir de la nada para llevarnos a la más absoluta de las miserias, se marcaría su cenit a finales de la década de los ochenta. No obstante, habiendo motivos para esta caracterización¹, la publicación de las obras de referencia principal de toda historia del movimiento obrero del tardofranquismo se da en la década de los noventa. Será en este momento, y no antes, cuando se asista a una impresionante explosión de trabajos monográficos que empiezan a dibujar un mapa sostenido de la realidad de este fenómeno². También es en este momento cuando se

¹ GARCÍA PIÑEIRO, R.: «El obrero ya no tiene quien le escriba. La movilización social en el tardofranquismo a través de la historiografía más reciente», *Historia del Presente*, 1 (2002), pp. 104-115.

² En este sentido, en esta nueva fase de eclosión, sólo la obra de Pedro Ibarra sobre el movimiento obrero en Vizcaya corresponde a finales de los años ochenta. A partir del cambio de década empezaremos a contar además con nuevos trabajos sobre Cataluña, Navarra, Madrid, Galicia, Córdoba, Asturias, Sevilla, Andalucía, Álava, etcétera, en un crecimiento exponencial que se inició a mediados de la década y sólo parece haber menguado en los últimos años. Para esta temática véase: DOMÈNECH, X.: «Puntos de fuga. La historia del movimiento obrero y el tardofranquismo», en GÁL-

elaboran los trabajos fundamentales para el establecimiento de un conjunto de interpretaciones que han marcado un antes y un después en la historiografía sobre el movimiento obrero bajo el franquismo. Podríamos hablar, en este sentido, para este periodo, del establecimiento de los auténticos padres fundadores de la historiografía en este campo, que se refleja en obras como las de Sebastian Balfour y su *La dictadura. Los trabajadores y la ciudad*, José Babiano con *Emigrantes, cronómetros y huelgas*, o bien Carme Molinero y Pere Ysàs en *Productores disciplinados y minorías subversivas*³.

De hecho, a partir de esta base establecida en la década de los noventa y de las interpretaciones, conceptos y problemáticas vertidas entonces se desarrollarán las investigaciones posteriores. Trabajos que han confirmado gran parte de las interpretaciones realizadas pero que, a veces, también han puesto en duda otras. Y esto es lo que nos interesa aquí. Porque probablemente es desde ellas, desde las dudas gestadas gracias al gran salto dado, desde donde se podrá (o no, eso sólo el tiempo lo dirá y aquí los pronósticos pesimistas pueden llevar razón) gestar una nueva agenda investigadora con efectos no sólo sobre la interpretación del movimiento obrero, sino también de la misma transición.

Este proceso afecta a varias interpretaciones de alcance medio sobre el movimiento obrero bajo el franquismo, pero aquí nos interesa especialmente una de ellas. Una de las bases de la interpretación que se consolidó y solidificó a la largo de la década de los noventa en el campo de la historia social, aunque evidentemente su aparición y sus capacidades explicativas ya se habían mostrado mucho antes, tenía su núcleo central en el análisis del surgimiento de un nuevo movimiento obrero a caballo entre finales de la década de los cincuenta y la década de los sesenta. Un análisis que mostró una enorme potencialidad y complejidad pero que, en un cierto momento, devino «vulgata» útil para casi todo.

Según este análisis, el desarrollo económico y la transformación social que conllevó habrían provocado una mutación sin precedentes

VEZ BIESCA, S. (dir.): *Delincuentes Políticos*, vol. 1, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2009 [«Miradas en torno a la memoria e historia social del nuevo movimiento obrero en Madrid» (en prensa)].

³ BALFOUR, S.: *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1994; BABIANO, J.: *Emigrantes, cronómetros y huelgas*, Madrid, Siglo XXI, 1995; MOLINERO, C., e YSÀS, P.: *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid, Siglo XXI, 1998.

en la sociedad española que, en lo que nos atañe aquí, estaría en la base de una cesura central en tres niveles en la historia de la clase obrera: la propia morfología de la clase obrera, el modelo de relaciones laborales y la aparición de nuevos modelos de conflictividad colectiva y organizativos de la clase. Ruptura que fue posible, tanto en lo que se refiere al cambio de los modelos de conflictividad, como de los organizativos, por la aparición de una nueva militancia obrera que reunía una serie de características específicas en relación con sus precedesoras: provenía básicamente del proceso migratorio, no había vivido en sus carnes la Guerra Civil, perdiendo el miedo derivado de esa experiencia histórica, y se gestaba en el marco de las organizaciones obreras católicas, que no mantenían ninguna continuidad histórica con las organizaciones obreras del periodo republicano, o bien dentro del Partido Comunista como única organización, que a partir de la estrategia de reconciliación nacional y la táctica de trabajar en el marco de las organizaciones del franquismo, se había adaptado a la realidad de los nuevos tiempos.

Las consecuencias de esta transformación son diversas según los autores, al igual que la lectura del alcance y forma de la misma no siempre es coincidente, pero en todos ellos se mantiene su importancia para la comprensión de la dinámica política y social del tardofranquismo. Quizás, donde mejor se puede observar esta diversidad conclusiva sobre un mismo fenómeno es en los efectos finales que se le atribuyen en lo que es la cuestión mayor para la historiografía del tardofranquismo y la transición: el paso de un régimen, el franquismo, a otro, el democrático. Así, para unos, el cambio en la morfología y composición de la clase habría posibilitado una cesura radical en las tradiciones y valores de la misma que, fuera de cualquier veleidad anticapitalista, se habría concentrado en el aumento salarial en un marco de crecientes expectativas consumistas. En ese marco, la llegada de la democracia se vería posibilitada, a diferencia del periodo republicano, a partir de la articulación de un consenso básico entre las diversas clases sociales sobre el que se podría dar el cambio de régimen. En este sentido, el «economicismo» de la clase sería una de las bases para la posible democratización del país como otra muestra última de los efectos del desarrollismo⁴. En cambio, para otros, el

⁴ Esta formulación ha sido recogida en las síntesis de este periodo de forma subyacente, encontrándose sus orígenes en los años ochenta. Véanse, por ejemplo,

papel de este cambio no residiría tanto en los cambios «democráticos» en la cultura de clase, como en la aparición de una conflictividad obrera que tuvo importantes consecuencias para el desarrollo de la oposición antifranquista y el mismo proceso democratizador, llevando a que, en palabras de destacados defensores de esta tesis, «... la conflictividad social y la acción de los grupos antifranquistas, si bien no provocaron el derrumbe de la dictadura, contribuyeron decisivamente a erosionarla tan profundamente que, en 1975, las tentativas continuistas resultaban inviables. De igual manera, manteniendo una fuerte presión a lo largo de 1976, la movilización social contribuyó, también decisivamente, a hacer posible la instauración de un régimen democrático en España. Nada más, pero nada menos»⁵.

Conclusiones dispares⁶ que obedecen, evidentemente, a lecturas diversas sobre el alcance final de la transformación de la clase trabajadora en el tardofranquismo, pero que parten de un mismo análisis. Es este mismo análisis el que se ha visto revisitado en los últimos años, no yendo directamente a las conclusiones mayores (sus consecuencias

JULIÁ, S.: «Orígenes sociales de la democracia en España», en REDERO SAN ROMÁN, M. (ed.): *La transición a la democracia en España*, *Ayer*, 15 (1994), pp. 178-188, y POWELL, Ch.: *España en democracia, 1975-2000*, Barcelona, Plaza y Janés, 2002.

⁵ MOLINERO, C., e YSÀS, P.: «La historia social de la época franquista. Una aproximación», *Historia Social*, 30 (1998), p. 154.

⁶ Aunque no necesariamente contradictorias. Hay en este sentido un intento de intersección entre estas dos líneas interpretativas que intenta dar cuenta de la paradoja de lo que Pérez Ledesma ha calificado recientemente en un trabajo muy madurado de «radicalismo moderado» del movimiento obrero. Un movimiento que, a la vez que protagonizaba una alta conflictividad en medio de una dictadura, buscaba unos objetivos caracterizados por su autocontención en comparación, por ejemplo, con sus homólogos portugueses. Más allá de entrar en el tema de si la diferencia entre los obreros portugueses o españoles residía en sus valores, el estudio que se ha adentrado con más profundidad en esta aparente contradicción ha venido de la mano de Álvaro Soto. Según él mismo, el aumento exponencial de la conflictividad protagonizada por el nuevo movimiento obrero bajo el franquismo obedecería precisamente a las expectativas crecientes y a la transformación de valores que conllevaría la modernización económica, y el carácter político de esta movilización sería sólo una consecuencia directa de la disfuncionalidad del franquismo, que convertía cualquier conflicto laboral en político, en una nueva situación histórica. Véanse PÉREZ LEDESMA, M.: «Nuevos y viejos movimientos sociales en la transición», en MOLINERO, C. (ed.): *La transición, treinta años después*, Barcelona, Península, 2006, pp. 148-151; SOTO, Á.: «Huelgas en el franquismo: causas laborales-consecuencias políticas», *Historia Social*, 30 (1998), pp. 39-61. Para una visión crítica con esta tesis, DOMÈNECH, X.: «El problema de la conflictividad bajo el franquismo: saliendo del paradigma», *Historia Social*, 42 (2002), pp. 123-143.

para el proceso democratizador), aunque evidentemente marcado por ellas, sino intentando desmenuzar la orientación de alguno de sus puntos de partida a partir de la aproximación desde una perspectiva muy específica a la problemática de las identidades obreras.

Lo cierto es que el estudio de las identidades obreras bajo el franquismo había despertado un gran interés inicial, mostrado por diferentes investigadores de diversas disciplinas sociales durante los años setenta y ochenta⁷. Posteriormente, de todas formas, este interés inicial, plagado de importantes intuiciones al igual que de callejones sin salida, no se consolidó ni fue recogido en el momento de articulación y densificación interpretativa del fenómeno del nuevo movimiento obrero. De hecho, su retorno a la agenda investigadora está profundamente determinado por el mismo proceso historiográfico que prácticamente lo hizo desaparecer: el análisis sobre el nuevo movimiento obrero. En este sentido, en las nuevas aproximaciones, más que de un encaramiento global al fenómeno, debemos hablar de su inserción precisamente en el debate sobre la novedad de este nuevo movimiento obrero. La pregunta que guía la mayoría de estas aproximaciones es planteada por diferentes investigadores apelando a un objetivo común, determinar: «¿Qué hay de vino viejo en copas nuevas en las identidades obreras? Y ¿Cómo fueron releídas y readaptadas estas tradiciones en un nuevo marco de experiencias obreras?»⁸. «La pregunta que nos deberíamos hacer, quizás con más insistencia, es ¿qué

⁷ Véanse, entre otros, NEGRE, P.: *El obrero y la ciudad*, Barcelona, Ariel, 1968; COMÍÑ, A. C., y GARCÍA NIETO, J. N.: *Juventud obrera y conciencia de clase*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1974; LOGAN, J. R.: «Les bases socials de la consciència de classe a Barcelona», *Papers: Revista de Sociologia*, 12 (1979), pp. 53-71; íd.: «Affluence, Class Structure, and Working-Class Consciousness in Modern Spain», *American Journal of Sociology*, 83-2 (1977), pp. 386-402; íd.: «Rural-Urban Migration and Working-Class Consciousness: The Spanish Case», *Social Forces*, 56-4 (1978), pp. 1159-1178; RIERA, I.: *Pàries, sindicalistes y demagogs: notes sobre sindicalisme y cultura obrera*, Barcelona, Edicions 62, 1986; HOMS, O.: «Formació y composició de la classe obrera a Catalunya: algunes hipòtesis», en ROTGER, J. M.^a: *Visió de Catalunya. El canvi y la reconstrucció nacional des de la perspectiva sociològica*, Barcelona, Diputació de Barcelona, 1987, pp. 141-149, y SOLER, J. LL.: «Ver, juzgar y actuar. Catolicisme obrerista, consciència de classe y cultura obrera: HOAC y JOC en el País Valencià (1946-1970)», en *I Encuentro Investigadores del Franquismo*, Barcelona, AHCONC-UAB, 1992.

⁸ DOMÈNECH, X.: «La formación de la identidad obrera bajo el franquismo. Materiales para una aproximación», en *V Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Albacete, julio de 2003 [publicado en *Desafectos*, 5 (2004), <www.historiacritica.org>].

hay de viejo en el “nuevo movimiento obrero” de los años sesenta?»⁹. «¿El nuevo movimiento obrero, incluso el representado por las Comisiones Obreras, era realmente tan nuevo, tan huérfano de líderes y referentes históricos?»¹⁰. «Esta perspectiva ha servido para cuestionar cuánto había de nuevo a partir de los años sesenta en lo que se dio en llamar “Nuevo Movimiento Obrero” o en qué medida predominaba el entronque con el pasado y también para buscar explicaciones basadas en factores de memoria histórica al fulgurante ascenso de las organizaciones socialistas una vez llegada la Transición»¹¹. «En consecuencia creemos necesario una redefinición de algunos de los términos que han venido caracterizando esta cuestión»¹².

Quizás fue Antoni Lardín el que se planteó por primera vez esta problemática de forma pública¹³. De todas formas, el trabajo que amplió esta temática, recogiendo parte de los debates que ya se estaban dando en el campo de la historiografía, fue el de *Los eslabones perdidos del sindicalismo democrático: la militancia femenina en las CCOO de Catalunya durante el Franquismo*¹⁴. Este trabajo contaba

⁹ TÉBAR, J.: «Contraindicacions de la «política de la victoria». Notes sobre repressió i identitat de la militància obrera dels anys seixanta», en PAGÈS, P. (dir.): *Franquisme i repressió: la repressió franquista als països catalans (1939-1975)*, Valencia, Universitat de València, 2004, pp. 273-294 (traducción del catalán por el autor).

¹⁰ PÉREZ PÉREZ, J. A.: «La reconstrucción del obrerismo en el Margen Izquierda de la Ría del Nervión: 1937-1962. ¿Generaciones perdidas?», texto inédito para el Seminario en la Escuela Julián Besteiro, 2004. Agradezco al autor que me haya facilitado la consulta del mismo.

¹¹ VEGA, R.: «Entre la derrota y la renovación generacional. Continuidad y Ruptura en la protesta social», ponencia presentada en el III Congreso de la Asociación de Historia del Presente, que llevó por título, *La España del Presente. El franquismo durante los años cincuenta, 1951-1962*, Salamanca, noviembre de 2007, CD-ROM. Agradezco al autor que me haya facilitado la consulta del mismo.

¹² LARDÍN OLIVER, A.: «Actituds obreres i oposició comunista a Catalunya (1949-1959)», en *Tiempos de Silencio: actas IV Encuentro de Investigadores del Franquismo, València, 17-19 de noviembre de 1999*, Valencia, Fundació d'Estudis i Iniciatives Sociolaborals, 1999, p. 365 (traducción del catalán por el autor).

¹³ LARDÍN OLIVER, A.: «Actituds obreres...», *op. cit.*, pp. 363-369. En este caso no seguiré un orden cronológico exacto de las diferentes contribuciones a este debate, entre otras cosas porque la mayoría de textos se formaron casi en los mismos años y parece que sólo los de José Antonio Pérez y Rubén Vega, que son los últimos a los que hemos tenido acceso, han tenido en cuenta ampliamente algunas de las aportaciones anteriores. En mi caso, el texto que realicé en 1999, que provenía de una elaboración anterior de 1998 para una ponencia, no será incluido directamente sino es en el debate con otras tesis sostenidas por el resto de autores.

¹⁴ BORDERÍAS, C.; BORRELL, M.; IBARZ, J., y VILLAR, C.: «Los eslabones perdidos

con una ventaja en su sistematización de las huellas del pasado por tramos generacionales, rastreando la transmisión intergeneracional de una cultura política básicamente en el ámbito familiar. En este sentido, si Lardín había señalado que el pasado era una experiencia vivida en las propias carnes por parte de la nueva generación de dirigentes obreros de los años cincuenta, en forma de represión y posguerra, un hecho que va mucho más allá de los posibles silencios de los padres respecto a los hijos, el tratamiento dado en este estudio constató cómo en todos los casos de militantes analizados se dio una transmisión de signos de identidad política en el marco familiar que llevó a una militancia primero política y sólo luego sindical. En este marco se llega al extremo de considerar que a pesar de que «la militancia sindical coincide casi en todos los casos con la entrada en el mercado laboral, [...] sus motivaciones no parecen tener ninguna relación con la experiencia de trabajo». Una visión en exceso sustentada en la biografía individual que, a pesar de constatar hechos altamente relevantes para la comprensión del fenómeno de la militancia obrera bajo el franquismo, lleva a veces a constataciones y explicaciones unicasales. En este sentido, la evidencia a la que da luz esta investigación de la existencia de transmisiones familiares puede llevar a afirmar que «ni los relatos de sus actividades sindicales y políticas avalan tampoco en este caso una interpretación del sindicalismo como un “nuevo tipo de movimiento obrero” en ruptura con las experiencias anteriores al Franquismo. [...] Todas ellas establecen una relación muy directa entre su participación en los movimientos sindicales y sociales en la posguerra y los valores de las culturas políticas de las organizaciones obreras “tradicionales” —anarquistas y comunistas— a las que habían pertenecido sus padres y de las que ellas mismas habían participado a edades muy tempranas»¹⁵. De esta forma, al intentar señalar tan intensamente las continuidades, a partir de casi un solo ámbito de socialización, se acaba por hacer incomprensible el fenómeno del cambio. Ciertamente se puede cuestionar que este cambio se hiciera de espaldas por completo al pasado, a la vez que se puede afirmar, asimismo, que este pasado también estuvo presente en el propio cambio, en una explicación que muestre cómo el patrimonio histórico no es

del sindicalismo democrático: la militancia femenina en las CCOO de Catalunya durante el franquismo», *Historia Contemporánea*, 23 (2006), pp. 161-206.

¹⁵ *Ibid.*, p. 196.

inmutable sino que es releído y aplicado de forma diferencial en cada nueva generación que lo recibe y actúa en una realidad dada, pero no se puede diluir la centralidad del mismo. Las rupturas y las continuidades deben ser explicadas en una interacción dialéctica si queremos hacerlas congruentes con la realidad histórica.

En este sentido, Javier Tébar planteó un ámbito de análisis tripartito más amplió basado en las experiencias biográficas anteriores a la militancia y sus ámbitos de socialización como clase, en la fábrica y el barrio. A la vez, sus reflexiones se dirigen específicamente a la militancia obrera de los años sesenta como conformadora del nuevo movimiento obrero, entendiendo la actualización de una tradición anterior a la misma a partir de su reelaboración en nuevas realidades. Sus reflexiones en este camino van mucho más allá de las continuidades en las culturas políticas familiares o en las experiencias biográficas individuales, ya que éstas tienen su marco de significación identitaria en espacios de elaboración de clase. En todo caso, a partir de este marco interpretativo, se centra mucho más en uno de los aspectos de esa identidad que en otros. Básicamente desarrolla intensamente su reflexión, dado el lugar de la misma (un libro sobre la represión), en la conformación de memorias compartidas sobre la República, la guerra y el primer franquismo, y las economías identitarias elaboradas para poder sobrevivir y reaccionar al universo franquista. Signos de identidad que ubicarían a los sujetos en la sociedad en relación con el franquismo y explicarían en parte su camino, o su predisposición, hacia la militancia obrera. De hecho, la centralidad de la memoria como factor explicativo de la paralización o activación de la disidencia bajo el franquismo, en una línea interpretativa muy marcada por los interrogantes que ha levantado el propio proceso memorialístico actual, ha dado lugar ya a una interesante monografía específica para el caso andaluz. Ésta, en un marco más amplio de análisis que el aquí propuesto, ha recogido parte de los debates suscitados por los textos que hemos traído a colación, llegando a conclusiones muy perfiladas, aunque a veces dispares, que parecen indicar más la necesidad de conocer los contextos de transformación de la memoria del pasado que su permanencia unívoca¹⁶.

¹⁶ Este trabajo tiene un innegable interés, aunque a veces es difícil apreciar en el mismo hasta qué punto la memoria del terror franquista fue un activador o no de la militancia. En este sentido, su magnífica apreciación de la importancia de las nuevas prácticas de la oposición y sus consecuencias, como factores de superación de la

Como se puede ver, hasta ahora, la mayoría de trabajos que hemos mencionado comparten una característica común: sus afirmaciones provienen de investigaciones realizadas sobre la realidad catalana. Lo cual, más allá de hablarnos de su generación en un magma de preocupaciones comunes entre diversos investigadores, algunos de ellos profundamente interrelacionados, nos puede llevar a sospechar sobre si esta realidad es algo propio de Cataluña. Ciertamente, las diversas trayectorias migratorias interregionales alguna cosa tienen que ver con este debate, hecho que la mayoría de autores ha incorporado en el campo de análisis de esta temática¹⁷, pero no lo son todo. La aportación de José Antonio Pérez en ese sentido es sustancial en varios aspectos. Su reflexión obedece a un trabajo continuado¹⁸ de aproximación de los rastros de estas continuidades en el sindicalismo durante las dos primeras décadas del franquismo en una realidad diferente a la catalana, la Margen Izquierda del Nervión. En este marco, su aproximación parte metodológicamente de la tríada ya mencionada de la familia, la fábrica y el barrio como espacios de elaboración de la identidad obrera bajo el franquismo, con importantes apuntes sobre el papel de las tradiciones campesinas de la inmigración en ese proceso. De todas formas, su trabajo pone especialmente el énfasis no tan-

memoria del miedo, es acompañada de distinciones entre el papel de esta memoria en los hijos de represaliados directos, en los que esta memoria no fue transmitida, y los hijos de los vencidos que no vivieron en sus carnes hechos represivos y que sí que recibieron una serie de referentes que ayudaron en la activación de su militancia. Véase SÁNCHEZ MOSQUERA, M.: *Del miedo genético a la protesta. Memoria de los disidentes del franquismo*, Sevilla, Fundación EESS-Junta de Andalucía, 2008.

¹⁷ Parece haber pautas de comportamiento y formas de articulación de las nuevas redes relacionales obreras, en los años cincuenta y sesenta, diferentes según el origen de los inmigrantes. Éste es un problema difícil de dilucidar, sobre todo cuando las aproximaciones han privilegiado más lo «nuevo» que lo «viejo» en la formación de la clase obrera bajo el franquismo, tratando a los inmigrantes como seres sin pasado. En general, parece haber una correlación entre tradiciones de movilización de origen, represión en la posguerra en los pueblos de partida y el carácter de estas nuevas redes comunitarias. Para ver tres casos de distinto signo, DOMÈNECH, X.: *Quan el carrer...*, op. cit., pp. 134-143; PÉREZ PÉREZ, J. A.: *Los años...*, op. cit., pp. 85-97, y ERICE, F.: «Condición obrera y actitudes ante el conflicto. Los trabajadores asturianos a comienzos de la década de 1960», en VEGA, R. (coord.): *Las huelgas...*, op. cit., p. 98.

¹⁸ Una primera elaboración del mismo en PÉREZ PÉREZ, J. A.: «Continuidades y rupturas en el obrerismo socialista de la Margen vizcaína bajo el franquismo, 1937-1962», en *V Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Albacete, julio de 2003. Aquí, de todas formas, utilizaremos su último trabajo sobre este tema como punto de referencia, PÉREZ PÉREZ, J. A.: «La reconstrucción...», op. cit.

to en las huellas del pasado en los nuevos militantes, como sería el caso de Javier Tébar, sino mucho más en la transmisión intergeneracional de las culturas políticas entre aquellos que se habían formado en el mundo anterior a la Guerra Civil y las nuevas militancias obreras. Su enfoque, en este sentido, es de los pocos que, a su vez, intenta observar estas transmisiones de forma activa en relación con las discontinuidades entre un modelo de movimiento obrero y otro, aunque éstas están muy centradas en las discontinuidades organizativas a nivel sindical, para concluir que, «en definitiva, podría afirmarse que fue la experiencia colectiva de los trabajadores la que terminó por configurar su identidad en un proceso donde evidentemente se produjeron importantes rupturas, pero donde la aportación de la cultura política de las organizaciones de clase anteriores a la Guerra Civil tuvo una importancia probablemente mayor de lo que se ha afirmado, sobre todo en las zonas con una arraigada tradición obrerista»¹⁹. Y, seguramente, es precisamente del análisis de esta experiencia colectiva, entendida no sólo como memoria, ni como muestras familiares, ni como conexión intergeneracional, lo que permitirá salir de algunos límites del debate sobre continuidades y rupturas.

En este sentido, probablemente la reflexión más consciente, crítica y necesaria, con las insuficiencias que pueden presentar estas nuevas líneas de aproximación al fenómeno obrero bajo el franquismo, se la debemos a Rubén Vega²⁰. Para él, partiendo de la importancia de estos nuevos enfoques, hay una perspectiva que no puede ser obviada en un debate demasiado autocentrado: «Constatar la existencia de estos procesos de transmisión de la memoria en los que se advierten continuidades resulta relativamente fácil. La dificultad estriba en valorar qué importancia alcanzan en el marco de un panorama general del movimiento obrero bajo la dictadura franquista». Cuestión extremadamente pertinente a partir de la que inicia un cuestionamiento a varios de los puntos nodales de las argumentaciones desarrolladas por los autores que se han aproximado a esta temática. Así apunta que la memoria de parte de los nuevos militantes del movimiento obrero de los sesenta «es por sí sola un punto de partida pero difícilmente puede proporcionar una experiencia capaz de dar respuesta a los desafíos de las condiciones concretas de la lucha, de modo que su lega-

¹⁹ PÉREZ PÉREZ, J. A.: «La reconstrucción...», *op. cit.*

²⁰ VEGA, R.: «Entre la derrota y...», *op. cit.*, p. 21.

do exige una profunda reelaboración», a la vez que cuestiona los relatos biográficos de los militantes desde varios puntos de vista. El primero de ellos afecta a la fiabilidad de estos relatos que pueden construir *a posteriori* una relación entre el pasado familiar y la opción militante que no se dio realmente, al menos de forma consciente, en el momento de dar el paso hacia esta opción, ni tuvo por qué ser determinante en la misma, ya que la memoria de la represión fue ampliamente compartida por la clase, lo que eliminaría su singularidad para la explicación del paso a la militancia. En el segundo, indica que esta relación entre pasado y presente en la conformación de las nuevas militancias de los años sesenta pudo deberse más a una búsqueda de referentes por parte de las nuevas generaciones que no por la transmisión activa de las viejas hacia las nuevas. De hecho, en este mismo campo de interpretación, la memoria o las conexiones intergeneracionales no serían tanto un activador de las militancias como un elemento conformador de las mismas, ya que para él «lo que estos viejos militantes están en condiciones de proporcionar son primordialmente recursos simbólicos, más que orientaciones prácticas». Y, finalmente, se debe poder ver en este proceso de conformación de un nuevo movimiento obrero que la experiencia de la explotación por sí sola basta en algunos centros obreros, sin referencia a ninguna memoria o a ninguna transmisión de culturas políticas intergeneracional, para explicar el surgimiento de la militancia obrera.

De todas formas, estas reflexiones pueden ser, a su vez, cuestionadas²¹. En primer término, las transmisiones entre diferentes generaciones de militantes no corresponden tan sólo a la conformación de una memoria compartida sobre el pasado, proporcionan también experiencia acumulada «para dar respuesta a los desafíos de las condiciones concretas de la lucha». Es decir, se comprueba, en la formación de nuevas generaciones de militancias obreras en los años cincuenta, una transmisión especialmente fuerte de saberes prácticos (cómo comportarse ante un conflicto, los códigos de conducta de clase, los ritmos de negociación, etcétera), a la vez que se transformaban las ideologías políticas y las organizaciones que los sustentaban. Si lo primero fue parte del legado, lo segundo se consideró periclitado

²¹ Para las argumentaciones que desarrollaremos aquí y su sustentación, véase DOMÈNECH, X.: «La formación...», *op. cit.* Este trabajo está ampliado en DOMÈNECH, X.: *Pequeños grandes cambios. Movimiento obrero y cambio político*, tesis doctoral, Bellaterra, 2006.

como experiencia histórica. Pero en esta ruptura, muchas veces eran los propios viejos militantes los que orientaban a los jóvenes hacia aquellas organizaciones que se habían adaptado mejor al nuevo periodo. Ellos no eran, en este sentido, sólo memoria. Por otro lado, la memoria de la represión, como bien apunta Rubén Vega, es común a la mayor parte de la clase y, por tanto, poco nos dice de la militancia —aunque la intensidad de la misma igual sí que nos puede indicar mucho—, pero sí que explica una identidad de clase mucho más amplia de la que surge y con la que interactúa esta misma militancia. Si esta memoria surge como decisión posterior a la militancia o es previa a la misma, es decir, si es activador o sólo parte de las experiencias militantes, cosa que se puede comprobar en la construcción de las fuentes orales, es una cuestión generacional. En este sentido, las vivencias y las transmisiones de la represión, a la vez que las vivencias y las transmisiones del acervo de clase entre el mundo anterior al franquismo y el que lo estaba viviendo, funcionan de diferentes formas según los entramados generacionales. En el caso catalán, éstas fueron especialmente fuertes en los años cincuenta y mucho más tenues en las décadas posteriores.

Finalmente, no deja de ser cierto, como señala, que la aparición de la conflictividad y de los nuevos modelos organizativos no tiene por qué tener que ver directamente con las continuidades, se puede dar sólo con la experiencia de la explotación que otros trabajos casi niegan en su importancia. De todas formas, eso se puede encuadrar a su vez en un contexto donde estas continuidades devienen de nuevo relevantes. La experiencia del conflicto disruptivo o de la explotación pone en contradicción las viejas percepciones y concepciones, desde la percepción del tiempo hasta los códigos de conducta, y obliga a reelaborarlos en un nuevo sentido común que rige las acciones de los trabajadores en términos de clase. Esta recategorización de la realidad que experimentan los sujetos al entrar en contradicción lo que se vive con lo que se piensa, se hará a partir de los materiales que el trabajador encuentre más próximos, y de aquí la importancia de los contextos culturales que explican la formación de tradiciones e identidades diferenciadas en realidades similares, provengan éstas de un acervo cultural común de clase releído y transformado en un nuevo presente o sean de nueva creación a partir de una elaboración que toma referentes de su contexto presente. Y éste es el tema a mi parecer: si el acervo cultural de clase nos ayuda a explicar ciertas caracte-

rísticas, incomprensibles de otro modo²², de este nuevo movimiento obrero y lo hace posible en un desarrollo determinado, no si éste determina su emergencia. Cuestión que tiene que ver tanto con la militancia más estricta como con la clase, tanto con la cultura militante como con las identidades obreras.

De hecho, este debate más que discutir de las rupturas producidas en el ámbito de las formas de protestas y los modelos organizativos, como constata finalmente Rubén Vega, se refiere fundamentalmente a si esa discontinuidad morfológica proviene de la formación de un nuevo tipo de militante obrero, y en última instancia de una nueva identidad de clase, que se caracteriza por su economicismo e integración en un contexto de expectativas y valores propios de las sociedades de consumo de masas y de la definición de una antropología del ser humano (cabe recordar que en este periodo una gran parte de los seres humanos presentes eran obreros) básicamente movida por el interés individual. En este sentido, el debate sobre las identidades obreras, sobre las continuidades y rupturas, sobre el papel que tienen las nuevas redes sociales en la metabolización de los cambios económicos o sobre la estructura de oportunidades políticas en la emergencia organizativa de la clase apunta hacia un mismo lugar. Se ha establecido en la historia social del movimiento obrero, durante el tardofranquismo y la transición, la relación que existe entre modernización económica, transformación de la clase, cambios en la morfología de la conflictividad y cambio político. Una relación que nunca se ha pensado, en estos ámbitos, como una suma (primero vino la modernización como consecuencia tuvimos una nueva clase obrera que protagonizó un nuevo tipo de conflictos y eso hizo posible la democracia), sino como caminos multilaterales, y que debe ser desplegada aún más en el campo del desarrollo historiográfico. Pero teniendo ya una explicación sobre estas relaciones, lo cierto es que sabemos aún poco de lo que significaron estos cambios en términos de experiencia y actitudes de clase. Los nuevos avances en la historia social del movimiento obrero pretenden

²² La conflictividad obrera bajo el franquismo muestra pautas conductuales, como el alto grado de huelgas de solidaridad o de conflictos directamente políticos, que no pueden ser interpretadas en los parámetros propuestos a partir de una visión puramente economicista del mismo. Es más, el mismo desarrollo inicial de este movimiento bajo una dictadura necesita de coerciones, códigos de conducta y valores inexplícables desde esta perspectiva. Para esta temática, véase DOMÈNECH, X.: «El problema...», *op. cit.*

en este sentido establecer la genética de estas relaciones. Y, *de facto*, pareciendo temas menores, pueden ser los que nos lleven a una reconsideración más global sobre la realidad del cambio político y la llegada de la democracia en España, frente a aquellas explicaciones que acen-túan el papel de la modernización económica e incluso aquellas que quieren intentar combinar la realidad de un movimiento obrero ampliamente movilizad para activar el cambio político con la misma moderación de la clase.